

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

## Anarquismo y sindicalismo posibilistas

Un día — de esto ya hace varios meses — un camarada residente en Montevideo nos remitió, para publicar en LA PROTESTA, un artículo elogioso para Felipe Alaiz, sindicalista español que da conferencias de carácter científico a fin de demostrar el valor revolucionario de los órganos de distribución, creados ya en España para prevenir las futuras contingencias de una revolución triunfante... Se trataba de un panegírico hecho al margen de una conferencia de Alaiz, y de la relación de algunos de los tópicos tratados por el citado conferencista, que nos chocó por la ingenuidad con que nuestro compañero residente en Montevideo ofrecía el "descubrimiento" de la nueva teoría "científica" de la distribución, según la geografía terrestre y planetaria que parece tener para su uso el moderno sindicalismo español.

Nosotros, que no conocemos de la conferencia de Alaiz — *Geografía de la distribución* —, otra cosa que los fragmentos ofrecidos por el citado panegírico del compañero que nos ofreció el "descubrimiento" de marras, no hemos hecho ninguna crítica particular a esa preocupación sindical, que por otra parte está de acuerdo con la tendencia natural de los sindicalistas puros y es un capítulo de las teorías posibilistas esbozadas por sus orientadores en España. Las únicas objeciones por nosotros formuladas, fueron a la creencia del camarada que, creyendo aportar un argumento decisivo en favor de su tendencia (el industrialismo), nos presentó la conferencia de Alaiz como la última palabra de la ciencia sindical y de la ideología anarquista. Y así, indirectamente y sin quererlo, puede que hayamos dicho algo que sacó de sus casillas a Felipe Alaiz, inspirándole su enojo aquel brulote que intituló "Las jirafas son neutras frente a un problema de logaritmos".

Posteriormente, en *Solidaridad Obrera* de Barcelona, Ramón Acín, haciéndose eco de lo dicho por Alaiz y sin conocer el origen de la incidencia, nos prodigó otros elogios de tono mayor y se fué por los cerros de Ubeda en consideraciones que nada tenían que ver con nuestra concepción "particular" de los problemas revolucionarios y de las inquietudes ideológicas que de esos problemas surgen diariamente y nos ofreció la oportunidad de establecer comparaciones entre las distintas modalidades del movimiento anarquista internacional. Y ahora es el compañero Gastón Leval, desde *Tierra y Libertad* de Barcelona, el que, usando el mismo "método" y partiendo de la misma posición falsa, — ateniéndose a la interesada desviación de ese asunto por parte del sindicalista Felipe Alaiz —, nos sale al paso para reprochar nuestra despreocupación por los problemas del mañana (problemas de reconstrucción social que deben, al parecer, ser previamente planteados para dotar a nuestro movimiento de un programa de realizaciones futuras) y puntualizar lo que él llama conceptos nebulosos y metafísicos.

De la misma manera que Leval confiesa que desconoce el artículo que motivó la incidencia, posiblemente esté casi a oscuras respecto de la tendencia predominante en el movimiento anarquista de la Argentina, cosa que le hace atribuirnos esa supuesta incoherencia ideológica y falta de posición firme en el terreno donde el proletariado realiza la diaria batalla por la conquista del porvenir. Debemos repetir aquí, para sacar de su error al compañero Gastón Leval, que el anar-

quismo tiene en este país una síntesis la conciencia del proletariado en un plano de actividades propias y características cual es el movimiento proletario orientado por los anarquistas y mantenido desde hace más de treinta años frente al sindicalismo criollo y a las fracciones marxistas que pugnan por asumir la dirección de los órganos de lucha de la clase trabajadora?

Previamente, para entrar en materia — ya que el compañero Leval nos invita

mo parte integrante del "continente estúpido".

Pero no es eso lo que debemos discutir con el compañero Leval, que gentilmente nos invita a polemizar. Expondremos razones y aportaremos ideas al estudio de los problemas que, en la medida de nuestro conocimiento, podamos plantear para bien de la propaganda internacional del anarquismo. Y no tendremos la pretensión de oficiar de oráculos, o de pronunciar la palabra sacramental que abra el

nario, que campea en las preocupaciones que tienen del mañana muchos compañeros (Malatesta en su tesis de la necesidad de emplear el dinero en un período subversivo y de descomposición capitalista, y Sebastián Faure en la concepción general de "Mi Comunismo", que esboza como una organización sujeta a múltiples reglas y disciplinas sociales); esa incertidumbre por lo que sucederá una vez vencida la burguesía y aniquilado el poder de los gobiernos actuales, es, repetimos, la que inspira al compañero Leval su concepto del anarquismo práctico y realista.

Apriorísticamente asegura Leval que triunfará el criterio sostenido por Alaiz, o más bien dicho, la teoría general del posibilismo anarquista y sindicalista, que se desprende de esas preocupaciones del mañana: preocupaciones por lo que sucederá durante y después de la revolución, la forma de vida que regirá a los pueblos y el papel que los anarquistas desempeñarán en la próxima insurrección proletaria. Y esa creencia en el valor de determinada metodología del movimiento obrero, o en un concepto más o menos filosófico y científico de la evolución social, es la que de hecho nos presenta a nuestro contrincante como partidario de una concepción que puede ser tan exclusivista o más que la nuestra.

Pero analicemos los motivos reales de discrepancia, que asoman en la crítica del compañero Gastón Leval a nuestro "nebuloso y metafísico" concepto revolucionario y anarquista.

Se nos dice, en primer lugar, "que en Europa particularmente va tomando incremento la interpretación lógica y racional del anarquismo como una doctrina que tiene su aplicación en la vida de los hombres, como un método de organización social que puede ser practicado por una inmensa variedad de organismos, pero de todos modos ha de resolverse en realidades concretas". Se desprende de esa declaración, que alguna vez existió un anarquismo que estaba fuera de la vida social y de la posibilidad de una realización futura de postulados que tienen precisamente su base en el individuo, del que esperamos los anarquistas toda obra de perfeccionamiento moral e intelectual. Y se supondría, al leer lo que transcribimos más arriba, que el compañero Gastón Leval cree que el anarquismo de la Argentina es un entretenimiento de indios ociosos que viven, de panza al sol, en la contemplación de su ombligo. Pero ¿necesitamos discutir siquiera que los anarquistas de todos los países, y en todas las latitudes, propagamos nuestras ideas porque creemos que algún día serán una bella realidad? No es eso lo que hace que nosotros disintamos con ese posibilismo sindicalista o anarquista, que, como fruto de la "experiencia rusa", aunque aparezca como la antítesis del comunismo de Estado y sus derivados dictatoriales y autoritarios, apareció en el movimiento proletario de Europa — y de América también —, para poner en beligerancia programas constructivos y preocupaciones del mañana que obligan a los mismos anarquistas a esbozar la estructura político-económica de su "sociedad futura".

El compañero Gastón Leval declara explícitamente que esa novísima interpretación del anarquismo posibilista, se debe a las condiciones especiales de Europa: a las consecuencias de la gran guerra y a la "experiencia rusa". Y como América no sufrió el influjo directo de esos acontecimientos, los anarquistas de este continente conservan la vieja ideología del anarquismo "metafísico y nebuloso", empeñados en no aceptar la realidad político-social de hoy y la posibilidad revolucionaria de mañana. Eso al menos se desprende de esta declaración de Leval, que es algo así como el método orgánico que se debe aceptar para nuestra propaganda:

## DICTADURA PROLETARIA..



—Tan fácil no te sería, viejo, escribir nuestras leyes en tu tablita y tus diez mandamientos, eh?

—No creas. Me bastaría uno sólo, único:

Se permite trabajar obedeciendo ciegamente al Poder, lo demás está prohibido y castigado policialmente

a discutir respecto a problemas prácticos, de posible realización en un futuro más o menos próximo —, debemos dejar sentado que el origen de la incidencia no está en ese supuesto ataque nuestro a la personalidad o a las ideas de Felipe Alaiz, al que invitamos a una discusión serena de sus ideas o concepciones sobre el sindicalismo posibilista. Y no es nuestra la culpa si los camaradas que nos salieron al paso, creyendo que nosotros habíamos llevado un ataque aleve a la "ciencia sindicalista", nos atribuyeron ese culto al salvajismo, a la ignorancia y al simplismo... que ellos conciben como patrimonio de estas tierras, que Alaiz calificó co-

nosismo que encierra los misterios insosolubles de la vida y del espíritu humano.

Lo que nos plantea el compañero Gastón Leval, es un problema del mañana. Por eso la conferencia de Alaiz constituye, para él, la parte substancial de una teoría positiva del anarquismo — o más bien, del sindicalismo — que se desmenuja en este medio social adverso, y trata de trazar, sino el programa de realizaciones futuras, algunas posibilidades político-económicas para la futura revolución. Y ese mismo posibilismo revolucio-

"Preparar el porvenir desde el presente; ir reuniendo unos tras otros los elementos servibles de la actual sociedad para administrar la futura, o si no se quiere emplear ninguno de estos elementos, si se entiende que se deberá transformar por completo la estructura económica de la sociedad, su organización y su distribución productora y consumidora, decir desde ahora cuál es o ha de ser la nueva orientación económica, y establecer, aunque sólo teóricamente, los imprescindibles preliminares. Tal es el quid de la cuestión."

Pero el quid de la cuestión estaría en ese concepto teórico de la propaganda anarquista, si en la acción práctica los posibilistas no fueran construyendo una teoría que es esclava de las "realidades" y "experiencias" y se va conformando de acuerdo con las formas estructurales del sindicalismo. ¿Y qué pensar de los anarquistas que, desdeshando la crítica demoleadora, el concepto ideológico y utópico en oposición a los hechos sociales, proclaman la necesidad de un programa que trace en el presente la trayectoria del futuro y hasta ofrezca al proletariado una nueva organización social para suplantar al régimen burgués el día que logre derribarlo? He aquí el quid de esta otra cuestión: el inevitable predominio del sindicalismo sobre el anarquismo — como sucede actualmente en España —, y las desviaciones doctrinarias de los anarquistas, más preocupados de lo que harán mañana que de lo que deben hacer hoy.

Si, para valorizar las propias opiniones, tomamos como ejemplo el movimiento anarquista de España y de la Argentina, no ha de ser el compañero Leval el que consiga ofrecernos una síntesis ideológica capaz de convencernos de la superioridad de los métodos empleados por los anarquistas españoles en su actuación sindical. ¿Dónde con más fuerza que en España se deja sentir la crisis ideológica del movimiento libertario? ¿Y quiénes con mayor obcecación que los anarquistas españoles que militan en el movimiento obrero se dejan arrastrar por la corriente sindicalista, sin poner de su parte mayor empeño en establecer las necesarias líneas divisorias entre el oportunismo de ciertos jefes y orientadores de la Confederación Nacional del Trabajo y la olvidada tradición libertaria del movimiento obrero español?

No es, según nuestra opinión, necesario plantear problemas del mañana para hacer del anarquismo una concepción social futura, que sin embargo esté dentro de las posibilidades de una próxima o lejana revolución. Lo que urge, para vitalizar nuestro movimiento, es aclarar nuestras actividades presentes y eliminar de la ideología anarquista todo ese residuo de las ideas marxistas, que nos ofrece el sindicalismo con sus pretensiones científicas y con su posibilismo revolucionario...

Por mucho valor que tengan las realidades de esta hora, hay una cualidad superior en nuestras ideas: su espíritu de intransigencia a lo que lleva el sello de los hechos cumplidos y de las "experiencias" realizadas. Porque en nombre de ese realismo histórico y de esa especie de fatalidad económica que enlaza al hombre a la máquina económica, podríamos aceptar también las premisas del materialismo

histórico y fincar en la conquista del órgano económico del capitalismo la única posibilidad emancipadora para el proletariado. ¿Y no es por la esencia misma del anarquismo — comunalista y federalista — en oposición al marxismo — que es la "experiencia" capitalista traducida en un sentido político del Estado juez y del Estado árbitro — no es, decimos, por esa concepción de la vida que tenemos los anarquistas, por lo que vale nuestro movimiento y por lo que representa nuestra ideología una aspiración suprema del hombre en lucha con el medio social que lo deprime y subyuga?

Si por preocupaciones del mañana, buscando en las condiciones sociales y en el desarrollo del capitalismo la fórmula que ha de resolver todos los litigios políticos y económicos "al día siguiente de la revolución", adaptamos nuestras ideas a las "necesidades" del sindicalismo, ¿no es fácil pronosticar que con el correr de los años, el medio económico terminará por anular la función crítica de los que se precian de orientadores del proletariado?

Lo que necesita la propaganda anarquista internacional, es una fuerte dosis de idealismo. Porque lo que nos anula y esteriliza nuestras energías, compañero Leval, son precisamente nuestras concesiones a la "realidad" y nuestro extremo apuro por hacer la revolución — cualquiera que sean sus resultados — y ofrecer a los trabajadores un programa que diga algo a sus sentidos y despierte en ellos la necesidad de luchar. ¿No sería más lógico y racional crear un fuerte movimiento de oposición a las realidades políticas y económicas de esta hora y hasta al mesianismo revolucionario de las masas que creen que su felicidad consiste en expropiar a los burgueses y quitar el poder a los actuales gobernantes. ¿Y no ganaría mucho más en potencia ideológica el anarquismo español, si los compañeros de ese país, en vez de dar conferencias sobre la "geografía de la distribución" o las posibilidades de un régimen basado en el poder de los sindicatos, procuraran poner fin al confusiónismo introducido en las filas obreras por los emisarios de Moscú y por los oportunistas aparecidos gracias a la "experiencia rusa"?

En realidad, en esa cuestión táctica está el punto de divergencia entre los anarquistas de la Argentina y la mayoría de los libertarios de los países europeos. Pero como de esa diferencia táctica se desprende a la vez una interpretación de doctrinas y de hechos que no es posible conciliar, comprendemos que las objeciones de Leval pueden llegar a plantear una polémica de fondo y hasta constituir el punto de choque entre dos corrientes cada vez más distintas del anarquismo internacional.

Como con otros compañeros de Europa tenemos planteada una discusión en torno a tópicos relacionados con el tema aquí esbozado, no nos será difícil volver sobre la cuestión del anarquismo y del sindicalismo posibilistas. Pero, eso aparte, aceptamos la polémica que nos ofrece el compañero Gastón Leval, esperando únicamente que plantee esas cuestiones racionales y prácticas de que habla en el artículo que comentamos.

Emilio LOPEZ ARANGO

trompadas con una bestia similar después de haber embolsado el producto de la taquilla.

**La fuerza de la costumbre**

El último volatinero que nos ha divertido encaramado al trampolín del chauvinismo recordamos que dijo, entre otras tonterías aprendidas en sus andanzas por los picaderos, que aquí los argentinos son los dueños de casa...

No habrá necesidad de aguzar el ingenio para rebatir tan temeraria afirmación del mencionado chauvinista; con saber que los dueños de los campos, los ferrocarriles, los frigoríficos y todos los factores de riqueza que posee la nación son propiedad de los extranjeros, queda todo dicho. Los argentinos serán muy dueños de casa... mientras a los extranjeros no se les ocurra ponerlos en la puerta de ella, como si fuesen intrusos.

Naturalmente, los argentinos aparentan ser los que mandan porque se les encuentra representando la autoridad de la nación, lo mismo que ocurre al llegar a una de esas santuosas moradas de los parásitos: los primeros que se encuentra son los sirvientes. Pero no hay que confundir a los amos con el personal de servicio... Aunque a veces los sirvientes, — como en el presente caso, — usan un lenguaje de dueños de casa: sólo es la fuerza de la costumbre: ¡como ellos reciben el pan y le pagan al panadero...!

**Crisis**

Creamos, porque somos casi creyentes. — que en el salón de conferencias de La Prensa sólo tendrían derecho a usar de la palabra los hombres que, aunque conservadores y hasta reaccionarios, no estuviesen reñidos con el buen sentido, que es lo único que no se puede disculpar.

Pero hemos visto ultimamente que la tribuna desde donde hablaron de arte, ciencias, filosofía y otras ramas del saber humano muy distinguidos intelectuales, ha servido también para que el más deschaletado de los patriotas argentinos, el antipático sirviente mayor de la burguesía rioplatense, escupiera sus elucubraciones palurdas contra las ideas de progreso y los hombres que las sustentan.

Se puede juzgar hasta donde es de honda la crisis de intelectuales burgueses que sufre la Argentina — de intelectuales y de buen sentido — cuando Carlés ocupa la tribuna del salón de actos públicos de La Prensa.

No queremos con esto lamentarnos del desprestigio en que ha caído la referida tribuna, solo nos interesa constatar que la crisis de hombres superados es en la Argentina más grave que la de la ganadería.

Cuando Carlés escupe sus elucubraciones palurdas desde la dorada tribuna...

**Une lección**

A uno de los tantos castillos parasitarios que posee aun el ex emperador en Alemania, y a los cuales no alcanzó a llegar el pueblo a pesar de haber hecho su revolución, llegaron días pasados unos ladrones y se llevaron de él lo que les dio la gana o pudieron conducir.

Tranquilamente, sin verter una gota de sangre y sin que contra ellos gastaran un solo grano de pólvora los defensores de la burguesía y el Estado, los hombres de la noche, que viven al margen de la ley penetraron en la regia morada y sus manos, plebeyas revolviéron el imperial mobiliaje; esto quiero y esto no quiero.

Habría sido digna de ver esa profanación, esa irreverente e irreligiosa incursión por los aposentos del prepotente e insolente castillo, donde hasta ayer no

**NOTAS**

**"León" de picadero**

Un médico yanqui que ha examinado a Firpo declaró que nuestro campeón "tiene un corazón como el de un león". El corresponsal de un diario porteño en Boston, al dar la noticia le agrega un poco de su entusiasmo pugilista pidiendo para el formidable bruto el mote de "León sudamericano".

Pensando en esta ocurrencia boba nos ha venido a la mente la manía de los dueños de casa de bautizar a sus perros con nombres de fieras. Así hay canes que obedecen al nombre de "León", "Tigre",

"Lobo", etc., sin que a pesar de tan dignísimos nombres los canes dejen de ser lo que son: los más miserables y los más repudiables de los animales, salvo mejor opinión de los dueños del perro...

Firpo, con el noble remoque que auspicia el comedido corresponsal, no dejará por eso de ser una bestia mil veces inferior al hermoso rey de la selva, por más que consiga ser el campeón mundial de los "castañazos".

Le sucederá como al perro de referencia: mientras aquel es un "tigre" que ladra y guarda el gallinero, éste será un "león" que sale al picadero a darse de



**EL FILOSOFO:**  
— ¡Un nuevo hijo de proletario! Futura carne de fábrica o condenado a arañar la celda.

habían hollado las alfombras nada más que las plantas regias y sobre cuyas nan revolcado sus amores los jaguares del imperialismo más irritante; ese imperialismo ferrozmente carnívoro que pasó a degüello a los más florido del pueblo alemán.

Y el pueblo no ha invadido todavía las guaridas de los jaguares; no ha sentido deseos de aventar los cubiles, de saquear esos castillos insolentes, dentro de los cuales, después de una orgía repugnante, se jugó su vida y se decretó su degollina.

Por eso lo que no se atrevió, no pudo o no quiso hacer el pueblo, lo hacen poco a poco los ladrones. Lo cual es casi simbólico.

## Indecencia

El tribunal federal ha negado la carta de ciudadanía a un extranjero que tuvo la poca dignidad de solicitarla. Alegan los cancerberos de la sociedad argentina que

el solicitante ha sido un agitador huerista y que tal antecedente basta para considerarlo indeseable y negarle la naturalización que pide, porque el agitador es, desde luego, un enemigo del país y sus instituciones...

Si alguna vez han hecho cosa acertada los jueces, es esta. A ese extranjero que, quién sabe para satisfacer qué bastardas ambiciones, quiso cometer la vileza de adquirir patente de "argentino", le está bien merecido el rechazo, aunque seguramente que no es el servilismo del sujeto lo que motivó la negativa, ya que de serviles se alimenta la nacionalidad... Y si detrás de la negativa le hubiese caído a ese renegado una lluvia de pales — a pesar de todo — le habría estado mejor todavía.

¿Acaso hay algo más denigrante, más miserable y más bajo que nacionalizarse?

Ese hecho de por sí sólo prueba en quien lo realiza una falta absoluta de honestidad y una inexcusable inercia repelente. ¿Qué asco!

## PARENTESIS POLÉMICO

# A PROPÓSITO DE "UNIDAD OBRERA"

He leído con vivo interés el artículo de Emilio Lopez Arango, "La ficción unitaria", en el núm. 68 de LA PROTESTA semanal (7 de mayo de 1923).

El hace objeciones a mi conclusión de un artículo sobre "La organización obrera según el anarquismo", y tales objeciones, ciertamente apreciables, no hacen más que poner sobre el tapete ciertas cuestiones a resolver.

Verdaderamente el artículo en que el compañero Arango hace algunas críticas no debe considerarse aisladamente. Es un fragmento de todo un conjunto de observaciones sobre el movimiento obrero en sus relaciones con el anarquismo, que estoy desarrollando con cierto orden y método en LA PROTESTA. Quizá fuera bueno, para quien quiera juzgar con cierta exactitud mis ideas sobre el asunto, esperar que yo hubiese terminado la exposición.

Por lo que escribe el compañero Arango, advierto que de mis palabras deduce conceptos muy diversos de los míos y tal vez opuestos; y esto quizá no lo hiciera si tuviera presente todo mi pensamiento sobre el sindicalismo. Yo no sólo no soy ni me digo "sindicalista", — aún siendo partidario de la participación de los anarquistas en el movimiento sindical y obrero, — sino que más bien disiento mucho de aquellos compañeros míos que, no sólo en América, sino también en Europa, y algunos aun en Italia, se declaran sindicalistas-anarquistas.

En el anarquismo que se apoda sindicalista yo veo también algunos gérmenes de peligrosas desviaciones futuras, en sentido opuesto pero muy semejante a las desviaciones del individualismo. Yo soy anarquista y nada más que anarquista; todo lo demás para mí tiene valor sólo en cuanto ayuda a la difusión de las ideas anarquistas, al desarrollo del movimiento anarquista, sea directa o indirectamente.

Según mi parecer, la organización sindical obrera tiene sus determinadas necesidades, que no todas coinciden con las necesidades del anarquismo, y tal vez están en contraste con ellas. Por eso veo con temor el peligro de confusiones entre un movimiento y el otro. Por eso pienso que es necesaria una organización local, luego regional, nacional e internacional del movimiento anarquista, con sus fines propios y no solamente obreros o de clase; y que entre esta organización, libre y con bases federalistas, de los anarquistas que combaten por una idea, y la organización de clase y por oficio de los obreros que luchan por intereses, debe haber una neta división de trabajo y separación de funciones.

De otro modo se corre el riesgo de no hacer bien ninguna de las dos cosas: de un lado la organización sindical permanece débil, limitada y no da a los obreros todas las ventajas que de ella esperan;

y del lado opuesto, en medio a las cuestiones inmediatas, a las luchas parciales, a los choques de intereses contingentes, el idealismo anarquista se empequeñece, se fosiliza y corre el peligro reformista — que es el peligro permanente de todos los organismos que tienen por eje el interés. Y el sindicato, aunque se declare anarquista, no es más que una organización de intereses.

Pero yo espero volver sobre este asunto de modo más completo, cuando trate de las relaciones entre los sindicatos y los partidos políticos. Ahora me limito aquí a rectificar algunas opiniones erróneas que me son atribuidas, y a advertir que los artículos que voy escribiendo son un fruto, no de meditaciones abstractas; fuera de la vida real, sino de observaciones directas y personales que he tenido amplio campo para hacer viviendo la misma vida de la clase obrera, en estrechas relaciones con su movimiento.

Muchas cosas que digo ahora de nuevo, apenas modificadas a la luz de siempre mejores experiencias, tuve ocasión de señalarlas hace ahora doce o trece años, cuando participaba personalmente en el movimiento obrero como secretario del importante sindicato de Metalúrgicos de Bolonia, contribuyendo con el compañero Borghi y muchos amigos anarquistas al surgimiento en Italia del movimiento sindical y de oposición al reformismo, del que poco después debía surgir la "Unión Sindical Italiana".

Mi participación fué muy modesta y de escasisima importancia; sin embargo la observación, desde cerca, de tantas cosas me fué utilísima, y a su luz experimental pude rectificar algunas de mis opiniones, corregir algunas exageraciones y sobre todo persuadirme de esta verdad: que el sindicalismo, no como teoría, sino como práctica de la organización, constituye un buen terreno de siembra, un ambiente favorable a la propaganda, un útil instrumento de revolución; despierta la conciencia de clase de los obreros y forma el espíritu de solidaridad y de lucha, pero no basta, y más bien tiene la tendencia a adaptarse al ambiente, a medida que conquista posiciones mejores.

De aquí la necesidad de que los anarquistas, sin desquidar el movimiento obrero, se preocupen sobre todo de alimentar un movimiento propio, autónomo de aquí, idealista y no de intereses humano, es decir, superior a las clases; no solamente obrero, y mucho menos "obrerista". Su interés de anarquistas no es tanto el de conquistar las organizaciones sindicales, el de dirigir las, cuanto el de ejercer en ellas una influencia moral, con la propaganda y el ejemplo, desde abajo, como minoría activa, de oposición a las naturales tendencias reformistas y acomodaticias del sindicalismo fin de sí mismo.

El compañero Arango, a propósito de mi artículo, critica la posición en general de los anarquistas europeos en el seno del sindicalismo. Quizá en algo tiene razón; y por lo demás yo tengo sobre el asunto opiniones personales, que no sé en qué medida pueden ser compartidas por los compañeros más próximos a mí. Pero no creo que entre nosotros haya alguno que crea posible una unidad de clase como síntesis del proceso ideológico del proletariado, como erróneamente supone Arango. Yo por lo menos he sostenido siempre lo contrario.

Yo sostengo y he sostenido siempre la necesidad de una relativa neutralidad de las organizaciones sindicales frente a los partidos, para obtener el máximo de unidad proletaria posible, precisamente porque creo imposible el sueño de algunos sindicalistas de 1904-05, de una ideología específica y única de todo el proletariado. Es decir, porque no creo absolutamente que todos los intereses del proletariado sean tan concordantes y tan fuertes como para determinar la concordancia en una sola opinión, como sostienen ciertos epígonos del marxismo.

El compañero Arango pregunta si, para conseguir los fines de la unidad económica, se deben buscar los puntos de contacto con nuestros adversarios de ideas, renunciando a los principios fundamentales que de ellos nos dividen. ¡No, por cierto! Nosotros debemos buscar los puntos de contacto, vale decir aquellos fines comunes y aquellas comunes iniciativas de acción que no están en contraste con las directivas de ninguna fracción del proletariado — no con los partidos adversarios, sino con los obreros, con los proletarios que, aún no pensando como nosotros, tienen sin embargo, como nosotros, la conciencia de que son explotados y la voluntad de liberarse de la común condición de esclavos. ¡Pero sin renunciar a nada!

Vale decir que hagamos con el mayor número de obreros organizados lo que es posible hacer de acuerdo con ellos, sin renuncias ni desviaciones de ninguna parte. Pero como anarquistas hagamos nosotros mismos nuestro trabajo, aún aquel en que los otros obreros no concuerdan, defendiendo y propagando nuestras ideas, desarrollando nuestro movimiento, solicitando ser ayudados solamente por aquellos que están de acuerdo con nosotros. Eso nos permitirá ejercer sobre las masas organizadas, y también sobre las desorganizadas, toda la influencia espiritual y material de que seamos capaces y que más precisamos, sin necesidad de atar a nuestro carro, con el vínculo de los intereses y del sindicato, oficialmente, a esa parte de los proletarios que de otro modo no nos seguirán.

Como se ve, yo no excluyo que la organización obrera pueda tener una orientación más bien que otra, y que las ideologías no puedan ejercer su influencia. Lo que me parece erróneo, como poner el carro delante de los bueyes, — y en cierto sentido antianárquico, porque la necesidad de defender el propio interés de clase puede ejercer una especie de coerción sobre los obreros no anarquistas, impulsándolos a los sindicatos con programa anarquista — es dar a priori a la organización de clase un programa ideológico y de partido.

Los cuadros de la organización deben estar abiertos a todos los trabajadores efectivos; y la orientación general, las tendencias ideales, los métodos de lucha, etc., deben ser establecidos por los mismos trabajadores organizados. Si con el apostocamiento y con el ejemplo nuestros compañeros han sabido hacer penetrar nuestras ideas entre los trabajadores, tanto mejor. Las organizaciones tendrán orientación y tendencias siempre más libertarias y revolucionarias — y en substancia es esto lo que urge, sin necesidad de que la organización adopte la etiqueta específica de nuestro partido y con ello cierre las puertas de la organización a aquellos obreros que, muchos o pocos, divergen de nuestras doctrinas.

Indudablemente un mínimo de tolerancia recíproca es indispensable entre trabajadores. Como nosotros, minoría en las organizaciones sindicales que siguen una orientación diversa a la nuestra, reclamamos que la mayoría no nos imponga una etiqueta que no es la nuestra, no nos

obligue a obrar contra nuestras convicciones y nos deje toda la libertad de propaganda y de defender nuestras ideas y métodos, — la misma cosa, los mismos derechos, debemos nosotros reconocer a los otros cuando eventualmente nos vemos mayoría. De aquí la necesidad de un pacto entre mayorías y minorías para un mínimo de neutralidad sindical, indispensable para todos.

Intil decir que si llevamos a los sindicatos la división de carácter doctrinario e ideológico, llegaremos al despedazamiento infinitesimal de los sindicatos mismos. Porque un sindicato de oficio, "anarquista", que se tomase el encargo de la propaganda ideológica, podría a su vez dividirse en otras tantas fracciones diversas, contrastantes y tal vez muy ásperas una contra otra, en cuantas son las varias corrientes del anarquismo, — las que, a decir verdad, con frecuencia dan poco ejemplo de recíproca tolerancia.

\* \*

Ya había escrito lo que digo más arriba, cuando he leído otro artículo, sobre el mismo tema, del compañero Arango en el núm. 70 del 21 de mayo de LA PROTESTA semanal.

A muchas objeciones encuentro que hay una respuesta implícita en lo ya escrito más arriba. Por lo demás, algunas afirmaciones de Arango, — como aquella de que las razones materiales y morales de la lucha sindical no son para los anarquistas los únicos motivos de acción — con las cuales concuerdo plenamente, hacen nacer en mí la duda de que no haya en realidad un gran contraste entre él y yo, y que tal vez todo o casi todo el desacuerdo se reduzca a una cuestión de palabras.

Arango ve un punto de divergencia casi fundamental, sobre el problema en discusión, entre los anarquistas argentinos y los europeos, que en Europa y en América dan su actividad al movimiento obrero. Puede ser... Pero a mí no me lo parece, al menos a través de la lectura de los periódicos y por lo que sé de nuestro movimiento en los diversos países. ¿No podrá darse, en cambio, que sean las diversas condiciones económicas, de vida, el modo distinto de aglomeración de masas, etc., las que determinan en los diversos países posibilidades o necesidades distintas de los agrupamientos proletarios?

Yo no afirmo nada. Propongo simplemente una cuestión, cuya resolución podría ilustrarnos útilmente.

En el segundo artículo de Arango encuentro otros dos puntos a aclarar.

El me atribuye la idea de que los anarquistas participantes en el movimiento sindical deben abstenerse, en el seno de la organización, de toda polémica de ideas que pueda llevar la división entre los trabajadores. No es así. Al contrario, pienso que una de las más fuertes razones para la participación de los anarquistas en el movimiento obrero, es que este ofrece un ambiente de más fértil propaganda. Util sobre todo es el desarrollar entre los trabajadores el espíritu de crítica y de discusión de las ideas, de los métodos, etc. Para no despedazar la solidaridad obrera — bastará que la propaganda, la crítica y la polémica sean hechas con criterios elevados y serenos, sin violencias o injurias.

Lo que yo sostengo es que ni los anarquistas ni los otros partidos deben servirse para su propaganda especial de ideas y de partido de las funciones y de los medios del sindicato: es decir, que esta su actividad y propaganda envuelva su responsabilidad personal y de grupo (puede haber grupos anarquistas también en el seno de las organizaciones obreras) y no la responsabilidad del sindicato.

Así, pues, yo no niego (de ello he hablado también más arriba) que las organizaciones obreras tengan fatalmente una orientación en armonía con las ideas orientantes en la mayoría de los obreros organizados; este es un hecho inevitable. Lo que yo quisiera es que tal orientación no fuese establecida a priori, ni fosilizada a posteriori con la aceptación oficial y con la adhesión material al programa específico de este o aquel partido, de esta o aquella ideología determinada. Es de

# PAGINA DE ARTE

## NICOLAS ROERICH

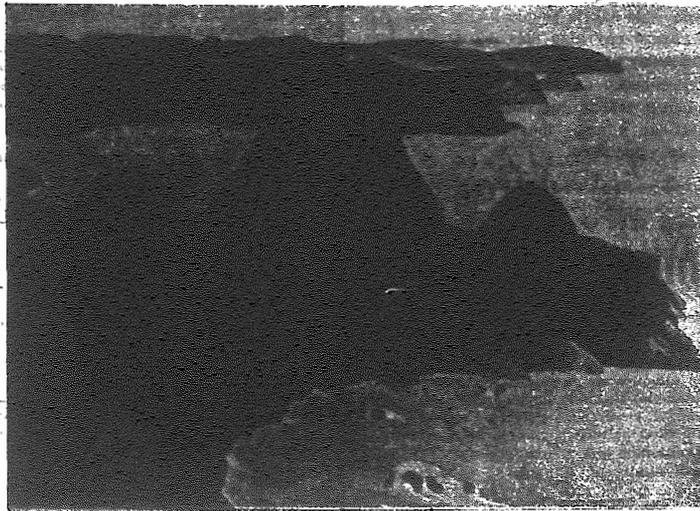
### Un pintor moderno de la Rusia prehistórica

Roerich es el primer artista ruso que se ha inspirado en la prehistoria de su país. Gran poeta y gran artista, ha sabido encontrar de esa prehistoria los más vagos y técnicos vestigios en las ciudades y campañas, aprovechando con extraordinaria pericia el trabajo de sabios especialistas.

Rusia, para quien sepa ver como Roerich, es aún uno de los pocos países que en sus regiones del norte haya conservado habitantes cuya vida se asemeja a la de nuestros antepasados de la edad de piedra y del bronce, y conozca, por lo tanto, la imagen de la existencia misteriosa que llevaban los antepasados de la humanidad en la lejana noche de sus orígenes. Nada semeja más al período lacustre de la Tene o de Hallstadt, que ciertas tribus de lapones o de samoyedos.

En las orillas de los lagos suizos, italianos o austríacos, los arqueólogos y sabios disputaron en vano; los estudios de un Desor o de un Agazzis no han inspirado más obra importante que la *Mejor lacustre* de Anker o el *Hombre de la edad de la piedra* de Fremiet, y éstas más bien como tentativas aisladas, caprichos de artistas buenos, si se quiere, pero que no han pensado particularmente en la prehistoria. Roerich, en cambio, encarnando la ciencia, ha revivido y resucitado el pueblo primitivo, porque entre ciertas poblaciones de Rusia el ojo ejercitado del artista arqueólogo ha sabido descubrir analogías y puntos de contacto infalibles con aquella vida prehistórica. Roerich ha procedido casi como Cuvier, que con una vértebra reconstruyó el mastodonte primitivo completo, pero además de haber descubierto la vértebra, él encontró existente aún, tal cual, el paisaje que constituyó el escenario de aquella vida preterri-

ta, y cosa aún más importante, la existencia de pueblos sobrevivientes con costumbres hereditarias ligeramente modificadas.



ROERICH — Cubens.

La vida es tal, que es preciso describirla diariamente; la belleza de los objetos y de los espectáculos más simples y más próximos necesita ser revelada, tanto más cuanto se trata de una belleza que es necesario en cierto modo resucitarla como Lázaro. Ningún artista ruso hubiese pensado en pintar ciertos paisajes inmensos, grandiosos de tristeza y salvajismo, sin un Roerich, que supo verlos y amarlos como el escenario vacío de sus personajes legendarios, que recuerdan cantos antiquísimos. Descubrió una Ru-

sia inédita, un paisaje ruso, al mismo tiempo que reconstruía una Rusia anterior a todas nuestras nociones históricas.

Roerich es uno de esos hombres de la época que, llegados al límite extremo de la civilización y de los refinamientos intelectuales, con el corazón y la imaginación vuelve a la barbarie evocada con una especie de nostalgia; es el tipo de esos

menos muestra mayor cultura pintados. Las extensiones tristes, limitadas y vacías encontraron en Roerich a su poeta, que nunca pudo soportar en ellas el menor indicio de la vida moderna.

Es un verdadero héroe épico. Epico hasta en el lirismo de sus paisajes, lo es aún más cuando les agrega la única humanidad que comporten, la humanidad de sus imaginaciones potentes y colosales: la humanidad de los conquistadores vagues, piratas del mar; la odisea de naves con proas monstruosas, de velas color sangre de buey, azorizadas de escudos, repletas de hombres descomulgados, fabulosos por los rasgos, por la estatura por las armas... Y en el cielo oscuro va precediendo el vuelo de los alcones amedrentados. Naves que el anciano augur, guardián de los secretos de antiguos sortilegios, ve pasar con inquietud, presagiando el fin de su raza. Todas las invasiones bárbaras de la historia parecen cuentos de colegiales comparadas con estos grandes hechos de la prehistoria! Ante estas soberbias rapsodias de la antigüedad rusa — narradas por un Homero de levita que conoce la obra de Gauguin — el saqueo de una aldea grieco-romana por cualquier Rochegrosse, no es más anecdótico que la primera aparición de hulanos en una aldea de la Champagne contada con espíritu por un buen neodista y con una especie de patriotismo elegante y superficial, por un Meuvillé o un Dehaille. Se comprende que Roerich se haya penetrado tan profundamente en el espíritu de las antiguas mitologías bárbaras, pues su alma, por moderna que sea, se mueve en esa atmósfera con la soltura con que un astrónomo en sus matemáticas.

Sus batallas de nubes son análogas a sus batallas de primitivos en el mar, y conoce bastante el simbolismo de las Valkirias para no adaptarse a él como a la realidad más inmediata. Por otra parte, bajo la carena de sus barcos extraños y detrás de las velas aventureras se reco-

cir, que la orientación general fuese la resultante efectiva del grado de conciencia alcanzado por los trabajadores; y permaneciese libre y siempre subordinada al posible variar de los sentimientos de las masas. Lo que sería imposible cuando fuese fijada y pre-establecida, en el esquema de una determinada doctrina de partido.

En lo que respecta al anarquismo, esto tendría siempre un útil resultado: que los anarquistas conservarían, siempre joven, el impulso en la propaganda, con las ideas y con los hechos, y no se colocarían al primer suceso inicial en la cómoda pero infecunda posición de quienes cuentan sobre la propaganda de la organización conquistada y de sus dirigentes y no ya exclusivamente sobre el propio apostolado y el propio espíritu de iniciativa.

En línea general pienso que los anarquistas deben evitar lo más posible el aislamiento. Organizados entre ellos, para no perderse por vías opuestas y para defenderse, los anarquistas tienen también la necesidad de vivir una vida más amplia, participando en el movimiento general de cultura, de revolución, de conquista obrera y de progreso. No pueden reducirse a su movimiento especial de partido, sino que deben entrelazarlo a todos los otros movimientos que parcialmente tienden a un fin de libertad y de emancipación, tanto en el terreno político como en el económico, — algunas veces posible en cohe-

rencia con nuestro programa teórico y táctico.

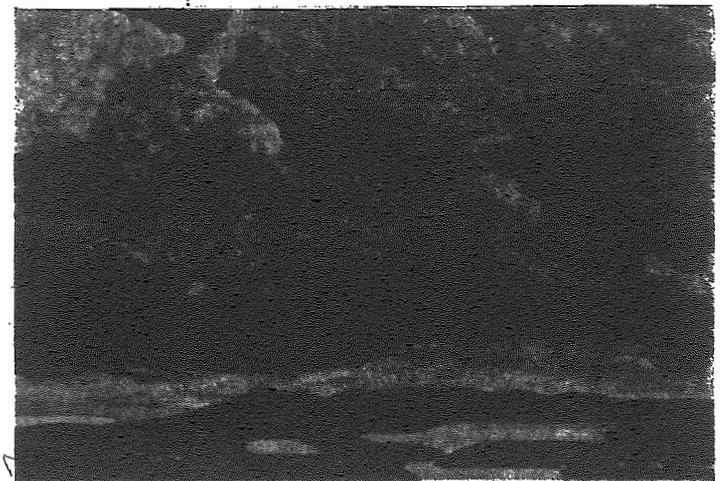
Este concepto, distinto del argumento original, podría desarrollarse mucho más ampliamente y aparte. Pero a mí me parece ver una relación no indiferente entre la necesidad actual de una vida anarquista autónoma, como movimiento de partido, introducido en la vida del movimiento de todo el proletariado, y la necesidad que habrá mañana, después de la revolución (pero antes que toda la sociedad haya llegado por elección espontánea a vivir anárquicamente), de que las minorías anarquistas encuentren, de acuerdo con el resto de la población, un *modus vivendi* tal, que mayorías y minorías puedan organizarse cada una según sus propias preferencias, pero por encima de sus diferencias teóricas y prácticas puedan ayudarse recíprocamente y cooperar libremente en todo lo que estén de acuerdo, para las necesidades comunes y superiores de la producción y de los cambios y para todas las necesidades generales de la vida social.

De este problema, ciertamente importante, pero en el caso fuera de asunto, volveré a hablar en otra ocasión más propiamente.

*Luigi Fabbrì*

evocadores, nunca tan conmovibles como cuando en sus recorridos a través de un país encuentran un vestigio que comprueba la exactitud de sus reconstrucciones intelectuales: una proa carcomida por el tiempo y el agua; algunas palas, frágiles como turba seca y livianas como corcho en la orilla de un lago, restos irrisorios de pueblos extinguidos en el fondo de los siglos.

Si en Roerich se encuentra un arqueólogo y un sabio, en el fondo de su obra es el paisajista el que prima. La escuela de paisajes en Rusia es una de las más in-



ROERICH — Batallas de nubes

teresantes de hoy en día; sin embargo fué Roerich el primero en trasladar al lienzo aspectos de Rusia hasta entonces desconocidos o ignorados por artistas que estimaban más pintorescos los paisajes de Italia o Bretaña, y que creían por lo

nocen los colores, raros para nosotros, del cielo y del mar en los golfos de Botsnia y de Finlandia.

Hojeando una carpeta con las reproducciones de la obra de este infatigable trabajador, se tiene la impresión de que él

universo entero podría servirle de pretexto para afirmarse en la certeza de que él está en lo cierto y de que es posible hacerse una visión de primitivo, y comprender la vida de nuestro alrededor con la sensación fresca de un troglodita que por primera vez intentara reproducir, sobre una superficie lisa, los contornos de un animal familiar, e intentando en cierta manera un nuevo dibujo para cada objeto que reproduce. Gauguin, en Tahiti, había entrevisto algo parecido, pero cabe a

Roerich haber realizado plenamente un arte fresco, rudo, de primitivo y que alcanza sin embargo una honda y perturbadora eficacia evocativa.

En Roerich debe verse la más tangible encarnación del alma rusa, consciente de sí misma, cuya obra es la más franca expresión artística de esa alma, desde Boris Godunov de Mussorgski hasta el presente.

W. RITTER

# LOS GRANDES MÚSICOS

## ROBERTO SCHUMAN

Es la gran figura del romanticismo musical, pero no del romanticismo de los sauces llorones y de las doncellas páidas; el de Schuman, como el de Weber y Schubert, es nacido de un fenómeno social; cuando la Alemania se alzó contra la invasión napoleónica y se libró de ella, sintió necesidad de cantar sus ideales de reconstrucción y de volver la atención a lo que había sido olvidado en las guerras de la independencia; entonces surgieron los Schubert, los Heine, los Schuman, los Hermanos espirituales, que cantaban todas las cosas bellas y sencillas; las flores, los campos, los vergeles floridos; bebían en la fuente de las leyendas tradicionales; todo lo bello, en fin, lo que se explica en una época de reconstrucción social, en que reina un sano optimismo, ausente en las épocas de decadencia.

Pero indudablemente, lo que más contribuyó a dar vida a las creaciones de Schuman fué la gran pasión que dominó su vida: su amor por Clara Wieck. Hermoso y de fuerte corpulencia, tuvo quizá la desgracia de poseer una sensibilidad extrema; en plena adolescencia, la desaparición de amigos íntimos, y amores desgraciados le condujeron a tal desesperación que desde aquel momento quedó formado el carácter general de su vida, a la vez que revelaban síntomas precisos de neurastenia patológica, que, agravándose con la vida agitada y el exceso de trabajo, le condujeron a una casa de salud cuando no contaba aún treinta años; murió once años después.

La obra de Schuman es admirable. Como invención melódica no ha sido superada jamás, sobre todo cuando es puesta al servicio de emociones enteramente líricas.

El "Carnaval", los "Papillons", las "Escenas de la selva", las Fantasías, los "Estudios sinfónicos", los "Intermezcos", las "Escenas infantiles", los "Lieder", (canciones) que se pueden contar por varios centenares, toda esta obra enorme podría titularse "Autobiografía de Roberto Schuman"; en efecto, cada "lied" suyo, (algunos de doce o quince compases,) cada una de sus miniaturas para piano, son estados de ánimo de un ser que vibraba perpetuamente, que confiaba a su arte sus mínimas preocupaciones espirituales, sus ensueños, sus nostalgias. Su alma ulcerada por el mal que sentía dentro de sí, con quien competía en apremio para dar todo lo que artísticamente podía, antes que el mortal enemigo triunfara definitivamente, se veía por esta continua preocupación, obligada a un combate diario; nada mejor que su obra para revelar nos esa angustia.

Hubo un instante en que Schuman pensó abandonar su vida agotadora y febril, serenarse y escribir grandes obras; ¿tuvo razón?

Las cuatro sinfonías, las ocho sonatas, el quinteto, los cuartetos y los tríos, los dos oratorios profanos "El Paraíso y la Perí" y "Fausto", los coros, las obertu-

ras y otras obras instrumentales, por bellas que son, no tienen la genialidad de sus obras puramente líricas. Schuman admiraba y deseaba la serenidad de espíritu, pero quizá comprendía que con ella no sería grande nunca más.

Por otra parte, su mortal enemigo no le dejaba instante de reposo. Schuman se sentía perdido y no trataba de esquivarlo; al contrario, lo desafiaba, y a cada crisis de la enfermedad contestaba con nuevas obras inmortales; hubo año en que firmó más de treinta.

Comienza el "Manfredo" a modo de reto supremo contra su destino; "la historia de la alucinación y el suicidio de un demente condenado al suicidio: la historia de su personaje ficticio encarnada en un hombre que va a vivirla". Luego, en las peñeras de la razón, escribe la sinfonía en mi bemol, tres oberturas, las veinticuatro piezas de la "Vida de una rosa", dos sonatas, tres fantasías, una misa, varias fugas, todo con enorme rapidez; pero ya llega su fin; Schuman sale un día de su casa y se arroja al Rhin; lo sacan y es internado en una casa de salud; y aquí termina la vida moral del más grande lírico de la música.

Artus KRESPHEL

## BIBLIOGRAFIA

### "Dictadura y Revolución"- Luis Fabbri-Editorial Argonauta-Buenos Aires.

La dictadura es un concepto de Estado en torno al cual ha sido discutido mucho en estos últimos años a raíz de su implantación en Rusia. En realidad, esta forma dictatorial de gobierno no es nueva en la historia de la humanidad, hallándose ya en Grecia durante la tiranía de los Pisistrátidas, en la Roma cesariana, en Inglaterra con Cronwell y en Francia con los jacobinos.

A evidenciar el antagonismo existente, moral e histórico, que hay entre dictadura y revolución está destinado el libro del camarada Fabbri publicado y traducido al castellano por la Editorial Argonauta en un momento inextinguible por lo oportuno del tema tan debatido en los medios sindicales y anarquistas de Europa y América.

Dictadura y revolución constituyen, en el concepto de Fabbri dos términos de perenne oposición, el anverso y el reverso de actitudes revolucionarias, que en vez de complementarse se excluyen mutuamente por las partes irreductibles y contrapuestas que caracterizan cada manifestación.

Con la cita y el comentario de hechos históricos, como asimismo de textos marxistas en los cuales afirmase el concepto dictatorial de la revolución, impugnado doctrinariamente a la luz del criterio anarquista, Fabbri demuestra palmariamente cómo la dictadura en vez de ser un coeficiente de acción y propulsiones revolucionarias, durante los períodos convulsionados de la humanidad, ella constituye la negación más terminante de la aspiración revolucionaria del pueblo, y, por consiguiente también, el nuevo muro de contención donde se extingue la fuerza creadora de la revolución popular.

Libro admirable, repleto de notas y datos históricos y biográficos. "Dictadura y Revolución" viene a enriquecer más todavía el abundante caudal de nuestra producción escrita facilitando, a los camaradas, el elemento cultural indispensable para la buena y fácil refutación del sofisma marxista infiltrado entre nosotros. Después de haber leído el libro, de Fabbri ya no se comprende, ni explica, cómo puede haber todavía pseudo anarquistas que cultiven y propaguen dicha concepción como algo inherente y formando parte de la ideología anarquista. Huérfanos de cultura libertaria y desconocedores por completo de los propósitos y fundamentos de la anarquía nos parecen los dictadores que impropriadamente se denominan anarquistas después de haber leído este bien pensado libro.

El estado moral del mundo, anterior a la gran guerra, y las fases por que pasó la revolución rusa, son estudiados serenamente por Fabbri para explicarse lógicamente el estallido y desenvolvimiento de dicha revolución. Las alternativas de la lucha que hicieron posible el triunfo y consolidación de la dinastía bolchevique son también profundizadas a la clara luz de la verdad como asimismo los conceptos marxistas sobre el Estado, la Revolución, el Comunismo, etc.

Las enseñanzas que Fabbri saca de las revoluciones históricas, particularmente de las ocurridas en Francia en los años 1789 y 1848 y 71, vienen a confirmar, a robustecer, con la fuerza de los hechos cumplidos, la lógica libertaria de este pensador. Las posibilidades y el sentido que los anarquistas tienen de esta revolución son expuestos por Fabbri con precisión y claridad, es decir, con un lenguaje modesto y asequible a toda inteligencia.

Algunos jurando no por lo que des... (lo que des... se marchó en la... para... se... la enem... an la... vez que... lución" co... vanecer el... fitos incipient... quista que agitan... cencorro contradictorio... ladores.

Digamos también que los inmediatos de la revolución; las providencias que los revolucionarios bien adoptar enseguida para no malograr los frutos de una revolución triunfante; la probable necesidad de tener que defender la región revolucionaria de los ejércitos exteriores, mandados contra los insurrectos por el capitalismo Internacional y otras cuestiones atingentes, son estudiados también y dilucidados en relación a hipótesis contingencias bien conocidas y hasta experimentadas durante el proceso de la revolución rusa y otras precedentes.

El libro se halla, además, valorado por un prólogo de nuestro gran luchador Enrique Malatesta cuyas palabras finales dicen:

"Que todos los revolucionarios estudien el libro de Fabbri. Es necesario para estar bien preparados y evitar los errores en que han caído los rusos".

Este es, también, nuestro modesto consejo y deseos de que el libro tenga una gran difusión entre los medios proletarios y anarquistas de éste y otros países. CRITÓN

## Programas constructivos y Programas destructivos

El que no sabe hacia que punto navegar, no sabe qué viento le es favorable.

A. Comoratskany

Allá por el año 1842 Bakunin escribió el artículo famoso que termina con esta afirmación atrevida: El deseo de destrucción es al mismo tiempo un deseo creador. En esa frase consideramos que está el germen de todo el pensamiento bakuniniano, es decir, el valor positivo y revolucionario del anarquismo. Cuando se nos pregunta por nuestro programa en oposición al de los sindicalistas revolucionarios y aún al de muchos anarquistas que se preocupan de construir algo sólido, porque hasta aquí — dicen — no hicimos más que utopía sin sentido y sin utilidad, nosotros respondemos que no nos preocupan los programas y menos los constructivos. Construir desde hoy en un sentido positivo el futuro, es legislar previamente sobre realidades desconocidas y someter el curso del desenvolvimiento social a moldes preconcebidos, de apariencia más o menos libertarias. No queremos competir con los partidos políticos que suponen en un gobernante o en un legislador la facultad y el poder de crear la felicidad humana. Por muy perfecta que sea la estructura de nuestra sociedad del porvenir, de nuestras novelas de futuros paraísos, no es menos cierto que es imposible que consulte los intereses y las aspiraciones colectivas, por la sencilla razón de que no hay imaginación humana capaz de concebir y de prever la infinita variedad de la vida misma y de las posibilidades de una sociedad en una época creadora como es la época revolucionaria y de subversión.

Veamos quiénes son los soñadores y quienes los positivistas, los que se ajustan a la realidad. Nosotros no tenemos un programa constructivo para el futuro ni nos preocupamos de tenerlo, pero en cambio tenemos lo que podríamos llamar un programa de destrucción. La sensación de lo malo y de lo imperfecto actual es elemental y está al alcance de toda inteligencia abierta a la comprensión y al raciocinio; destruir lo malo y lo imperfecto que tocamos con nuestras manos, es el programa nuestro, es decir un programa de destrucción. ¿Dónde está aquí

el utopismo? Si queremos permanecer fieles a la labor destructiva permaneceremos fieles al anarquismo y seremos mejores estímulos de la obra constructiva. Un programa de edificación social es siempre un vestigio de la teología del Estado, un resto de la desconfianza en el hombre, un signo de miedo a la libertad. Un programa constructivo como el que muchos camaradas se han dado a trazar para purgarnos del pecado del utopismo y del idealismo y ponernos en el camino de las tareas prácticas no es ni más ni menos que una plataforma política que intenta encerrar la vida futura en unos moldes determinados, sin dejar el libre curso creador, fecundo en posibilidades y rico en matices y formas de relación y de convivencia. Un programa constructivo para levantar el edificio de la sociedad futura es siempre una hipótesis, pero una hipótesis arbitraria, porque nada nos autoriza a establecer que lo que nosotros suponemos hermoso y justo, sea lo hermoso y lo justo en sí. El utopismo está en los programas constructivos y no en los destructivos, porque aquellos se basan en suposiciones y éstos nacen de la realidad sensible. Nosotros, los anarquistas, no podemos olvidar un momento que una revolución, una transformación social debe ser producto de las grandes masas; las minorías revolucionarias tienen su misión de provocadoras y de estimuladoras de actividades y de sentimientos, pero no el de directoras; si los anarquistas dirigen la construcción de la sociedad futura, es seguro que esta adolecerá de defectos tan capitales como si la dirigirían los miembros del comité ejecutivo de un partido político. Las grandes masas, estimuladas y aguijoneadas por nosotros, que predicaremos con el ejemplo y la persuasión, deben ser las únicas autoras y las definitivas ejecutoras de las construcciones revolucionarias del porvenir. Ahora bien, las grandes masas no actúan en un período de transformación social según los imperativos de un plan premeditado, sino de acuerdo a su desenvolvimiento espiritual y a las necesidades y circunstancias. Nuestro programa frente a los pueblos explotados y esclavizados debe, pues, ser puramente destructivo; el mal existente es susceptible de ser conocido y aborrecido por

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri CARTAS A UNA MUJER, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, \$ 0,50

## EN EL MUNDO DE LA PARADOJA

Vivimos actualmente en una época paradójica. Los hombres tenidos por inteligentes, por portaestandartes de la cultura universal, con ciertas concomitancias de espíritu con el pensamiento libertario del revolucionarismo consciente, se contradicen y desmienten en el momento más culminante de su apoteosis moral.

Dichos hombres que sin ser de los nuestros se hallan, por su cultura, equidistantes del barbarismo ancestral y en condiciones de explicarse todos los fenómenos de naturaleza sociológica que en estos últimos años convulsionaron el mundo, abandonan poco a poco, uno por uno, la posición de indiferencia hacia las solicitudes reiteradas del mundo burgués, y de simpatía hacia nosotros, para sumarse ruidosamente al concepto reaccionario de la hora presente que pugna por ahogar en el pueblo sus ansias irreductibles de bienestar.

Una de las voces más autorizadas de la cultura sudamericana, que hasta hace poco mantuvo una actitud serena, de simpatía hacia los movimientos populares de emancipación social, acaba de hacer crisis en esta que fuera, al parecer, su fingida modalidad. Nos referimos a Leopoldo Lugones y a su posición, francamente reaccionaria, adoptada ultimamente con la impetuosidad y la estridencia que el bardo helenista puso siempre en sus cosas, en sus actitudes y cambios continuos de opinión.

Desde tiempo venimos siguiendo nosotros la versatilidad de Lugones no llegando a sospechar, a pesar de ciertas inequivocas, salidas oportunamente de nuestro medio, que ese abanderado de la civilidad, de que tanto se vanagloria, llegara un día a descender a los bajos estados de la mentalidad más retardataria del país contra la cual estuvieron siempre en lucha los hombres que en el Plata ejercieron una función de influyente cultura entre sus elementos constituyentes.

No es esta, por cierto, la actitud que cuadra a un enamorado de las tradiciones libertarias de la historia y de las ci-

vo en la destrucción, que hacemos nuestra la frase del escritor hindú Ananda Comaráswamy: "el que no sabe hacia qué punto navega, no sabe qué rumbo le es favorable o desfavorable". Efectivamente, es preciso saber qué es lo que queremos y lo que deseamos para luego valorar las fuerzas y los factores que nos favorecen y los que nos dañan en nuestros propósitos. Pero los que queremos la destrucción, sabemos perfectamente el norte a que dirigimos nuestros pasos, podríamos establecer un programa destructivo inmediato, programa que se verificaría y ampliaría en realidad y que no podría ser tachado de utópico; nuestro programa destructivo contra el porvenir al porvenir mismo, al pueblo y a las circunstancias que lo condicionan. Los partidos políticos encadenan el futuro a preceptos y a caprichos arbitrarios; nosotros no queremos encadenarlo de ningún modo, y comenzamos por no preestablecerle normas en un programa. El hombre de hoy, lo mismo que el de ayer y el de mañana, no será capaz de concebir el prototipo de la justicia, de la libertad, de la verdad, de la perfección, de la belleza; estas nociones relativas que no llegan jamás a una meta, las que los anarquistas, los descontentos de ayer de hoy y de mañana, impulsarán incansante e indefinidamente en un sentido progresivo de acuerdo a la mayor dicha y a la mayor libertad del género humano.

D. A. de SANTILLAN

vilizaciones antiguas en aquello que tuvieron de más universal, de más justo y perfecto. El Lugones de la hora presente nos resulta un tipo verdaderamente contradictorio y paradójico en grado sumo.

No sabemos cómo podrá compaginar esta su actitud, notablemente regresiva, con su anátema sistemático contra el bárbaro de principios del siglo V, destructor de la civilización romana, o del tártaro del siglo XII que pugnara por asentar su violencia sobre los restos de la vieja civilización. Este culteranista por temperamento, que fulmina en su diatriba las expresiones vitales del bárbaro asiático, atribuyéndole todos los factores de negación que eclipsaron las civilizaciones paganas, y que asocia tan contradictoriamente a cristianos y bárbaros, a tártaros y a eslavos, a teutones y bolcheviquis, a sajones y galos con helenos y romanos, a Cristo con el ex-kaiser, y a ambos con Marx o Lenin, ha proferido, ultimamente, con frase iracunda, la blasfemia moral más elocuente y sonora que pueda pronunciar labios humanos contra la hermandad, el bien y el amor. No parece sino que de puro versado en las cosas y en la vida de los helenos se le pegara, de ellos, la irascibilidad del carácter que, junto con algunas buenas prendas morales, fué el rasgo más característico del griego inmortal.

No podemos penetrar el misterio ni sondear el alma de ese atormentado y paradójico hombre de espíritu para sorprender la razón que nos diga, en forma satisfactoria, cuáles son los fundamentos morales que ha tenido Lugones para iniciar en tierras de América la reacción del espíritu, ya que no alcanzaron a convenernos de ello las conferencias pronunciadas por él, en estos días, bajo el patrocinio de la Liga Patriótica Nacional. Pero si no hemos comprendido bien creemos percibir, no obstante, cierto afán de imitación que consiste en erigirse a sí mismo en magnate espiritual de la reacción argentina, como hicieron en el orden filosófico Boutroux y Bergson en Francia, y ultimamente Giovanni Papini en Italia con su conversión a la iglesia militante.

Los gobiernos de nuestros tiempos, cualesquiera que sea su origen, necesitan indispensablemente hallarse asentados sobre ciertos sectores de opinión que es necesario fabricar mediante una prédica adecuada. Un gobierno que quiera mantenerse hoy en el poder no debe contar solamente con la fuerza de las armas sino que necesita descansar sobre ciertos estados de opinión pública en un todo favorables a la obra coercitiva realizada en su función.

La reacción que hoy se cierne sobre Italia no tiene por única causa la aparición del fascismo y su usalto aparente al poder. Más bien nos inclinamos a creer que si el fascismo se impulsó, y se mantiene donde actualmente está, es por que cierta reacción moral de la opinión le ha sido favorable y por consecuencia pudo realizar los fines de ahogar las voces de la revolución que rugían amenazantes. Y en esta reacción de la opinión pública no fué ajeno el pensamiento de Giovanni Papini, que tanta influencia ha tenido en la cultura contemporánea de Italia, debiendo agregar que Gentile, el ministro filósofo del gabinete fascista, restaurador del Cristo en las escuelas públicas de Italia,

como así también el propio Mussolini, sus admiradores devotos del autor de "Christi".

¿Ha pensado Lugones, antes de levantar el oriflama de la reacción, convertirse en el Papini sudamericano teniendo por brazo ejecutor de su pensamiento al presidente de la Liga, ese Mussolini en ciernes de nuestra gauchoeracia?

La promiscuidad de actitudes entre ambas figuras es harto reveladora, y más si se considera el empujamiento de Lugones en desvirtuar, tan a menudo, en estos últimos tiempos, la leyenda democrática, y los vicios de la representación popular que son, a su criterio, el dictado de la incultura y del número sobre la inteligencia y la calidad.

Y ved ahora cómo ese hombre, tan irreductiblemente enemigo del irigoyenismo, sin duda por lo que tiene de tártaro, aún bajo los pliegues de la azul y blanca, viene, a la postre, a identificarse con él, si bien cabalgando sobre otras líneas, paralelas o coincidentes. Y esto nos parece tan cierto que creemos que al historiador del porvenir, que se aboque al estudio de las palpitaciones nacionales de estos tiempos, le será difícil establecer la línea divisoria que separa el irigoyenismo del irigoyenismo. La obra del casi dictador (que suprimió barbaicamente los movimientos de la semana de Enero de 1919 y la huelga de Santa Cruz) se confunde con la de Leopoldo Lugones atacado, ahora, de fobia nacionalista en grado superlativo. Que no es tanta, como se cree, la distancia que separa una personalidad objetiva de otra ya que ambas se hallan situadas en un mismo plano de acción aunque ello parezca una paradoja.

Digamos ahora que si odiosa nos parece la tarea cumplida de uno, mucho más repugnante se nos hace la del otro, la que está todavía por cumplir. Que el valor de las acciones humanas vale por las intenciones, por los propósitos que persiguen, pública u ocultamente.

Y dados a decir lo que sentimos debemos manifestar que, no obstante lo doloroso que para nosotros fuera la represión sangrienta del radicalismo naciente, en contra de las clases trabajadoras, se nos antoja más temible aún la reacción espiritual que pretende llevarse a cabo en la República. Las reacciones de espíritu son temibles por esto: porque tienden a preparar un estado de opinión en el cual sea posible toda clase de infamias y se eleye a virtud la más abyecta y monstruosa de las represiones. Un estado en que la violencia no sea fortuita o circunstancial sino que se haga sistemática o perenne como un función normal del Estado convertido en ejecutor permanente de los más horribles asesinatos y torturas.

Por el estilo de los llevados a cabo en Italia por el fascismo y que al parecer Lugones, el de los cantos homéricos, desea transplantar aquí no sabemos si por iracundia nacionalista, por odio al extranjero, o simplemente como última expresión de un hombre agitando tumultuosamente en el mundo de la paradoja.

Enrique NIDO

### ¡APARECIÓ!

"Cartas a una mujer"

Usted, compañera, debe leer este libro: es de suma utilidad y no debe faltar en ninguna biblioteca obrera.

todos los espíritus sinceros que sufren sus consecuencias en carne propia o por el reflejo del dolor ajeno; la destrucción del mal es ya un proceso creador; las grandes masas pueden conocer el mal y las imperfecciones actuales y obrar en consecuencia, pero jamás obrarán según la República de Platón, la Utopía de Morus o Mi Comunismo de Sebastián Faure. Los anarquistas podemos aspirar a organizarnos después de la revolución en esta, o en aquella forma, en sindicatos o en comunas libres, en grupos de afinidad o aisladamente, pero esas aspiraciones no tienen valor más que para nosotros mismos; para los pueblos, desde el punto de vista libertario, vale sólo la libre iniciativa y la espontaneidad. Si en una revolución queremos que los pueblos se ajusten a nuestro programa, tendremos que establecer instituciones de gobierno, a la manera de los bolcheviquis, sea simuladas en las organizaciones sindicales reguladoras de la producción, del reparto y en general de todas las funciones económicas. Pero en cambio, si nuestro programa se reduce a destruir lo malo y lo imperfecto y a propagar esa destrucción, se nos comprenderá fácilmente y sembraremos de ese modo en la conciencia de los pueblos las semillas de las más fecundas renovaciones. Si combatimos el Estado y hacemos ver su injusticia permanente, damos ya, sin proponérselo, el deseo de una forma de vida social sin Estado y sin autoridad. En ningún momento tenemos derecho a desconfiar de la potencia creadora del pueblo revolucionario y a imponernos como directores por temor a que éste no construya por sí mismo las bases libres de su propia vida. Por primera vez en la historia, el anarquismo debe propagar que los pueblos tengan la posibilidad de correr el riesgo de la libertad. Pero ¿dónde está la libertad de una organización libre y espontánea, sin lo cual el anarquismo deja de existir, donde se establecen hoy, dentro de la sociedad capitalista y autoritaria, los programas a que debemos someternos mañana? Salimos de unas formas sociales de que no hemos sido sino los constructores pasivos y queremos en nombre del anarquismo que las colectividades del porvenir sean también constructoras pasivas de nuestros ensueños generosos. No, es preciso valorizar diversamente los programas constructivos y apreciar más el valor de la destrucción. La destrucción del mal, de lo injusto, de lo imperfecto existentes, ese es nuestro papel a desempeñar; ¿se quiere un programa más positivo, más práctico, más anárquico, más en armonía con la libertad de organización del porvenir?

Todos los anarquistas están de acuerdo cuando se trata de considerar la labor de destrucción del capitalismo y del Estado y de combatir los vicios de la mentalidad y de la tradición autoritaria, pero disienten cuando se proponen la supuesta obra constructiva del edificio del porvenir; cada grupo, por no decir cada individuo, tiene su visión especial del mundo, de la justicia, de la belleza, etc., y quisiera que la sociedad futura se amoldara a sus pensamientos y deseos. Y tiene el más perfecto derecho a esta visión personal, pero no olvidando que la construcción revolucionaria del mundo de la libertad será una resultante de la acción y del pensamiento, de las necesidades y del desenvolvimiento mental de las grandes masas. Por consiguiente unifiquemos el anarquismo en el punto en que estemos de acuerdo: la destrucción, y dejemos a la potencia creadora del pueblo la elaboración práctica de los programas constructivos, o, como dice Bakunin, "iconfitemos en el espíritu eterno, que no destruye y no aulquila más que porque es la fuente insondable y eternamente creadora de toda la vida!"

La destrucción implica todos los problemas de orden táctico y moral que interpreta y propaga el anarquismo. Combatir el Estado es algo más que luchar contra una mera institución de violencia, organizada y legalizada, es condicionar la mentalidad libertaria en los hombres, predisponiéndoles a la libertad y al amor hacia el sistema de una vida social sin opresores ni dominadores. Podríamos señalar fácilmente que no habría tarea revolucionariamente más positiva que la tarea de la destrucción; pero esto se comprende por sí mismo al reflexionar sobre los fundamentos de la labor destructiva. Y es teniendo en cuenta lo que hay de posi-

En 1874 de manten con Clusero circular se lleos de C Commun. posición u rris, donde literaria gusto alii

El azar y cambio Frecuen ríodica in parte de las perse llante pro rada por Londres. de enero de 1910, adelante segula e terés y Most vis nocio po 1880 fue nán en lebraba bastante vrió de e seguidos ve y di tre ello camara ron jur dos de club al sostení manía grande go de distrib camara expedic tad y hizo lo las ide Porqu de alg en Su tria y tro añ teratu una h 77) n alema menos nocim Reins hacia arquí hacia enton dio; bate mien bajo dera jefes alem cio e tad, q que Pe volu era con cam seph ces la A ción n sé tra tro. nia nie exp pag les úti lo

MAX NETTLAU

# La muerte de tres viejos anarquistas

Para LA PROTESTA

## VICTOR DAVE

(Conclusión)

En 1874 Dave habitó en Spa, desde donde mantenía frecuente correspondencia con Cluseret de Ginebra, e hizo imprimir y circular secretamente en Francia los folletos de Cluseret llamados *Bulletin de la Commune*. En 1878, en la época de la exposición universal dejó Bruselas por París, donde fué empleado en una revista literaria y biográfica. Se encontraba a gusto allí y pensaba quedarse.

El azar dispuso las cosas de otro modo y cambió todo el resto de su vida.

Frecuentaba en París una reunión periódica internacional compuesta en gran parte de socialistas alemanes a quienes las persecuciones en Alemania y la brillante propaganda revolucionaria inaugurada por John Most en la *Freiheit* de Londres, semanario que apareció del 4 de enero de 1879 hasta el 17 de agosto de 1890, (New York), impulsaba hacia adelante en la vía revolucionaria. Dave seguía ese desenvolvimiento con gran interés y ayudaba con su consejo. Cuando Most visitó a París y a este grupo, lo conoció por primera vez. El 18 de marzo de 1880 fué desmascarado un espía alemán en una reunión de ese grupo que celebraba el aniversario de la Comuna; fué bastante maltratado y la policía se sirvió de este pretexto para hacer arrestos, seguidos de numerosas expulsiones. Dave y diez y seis socialistas alemanes, entre ellos su amigo S. Trunk, carpintero, camarada de los más abnegados, partieron juntos para Londres, todos expulsados de Francia. En Londres había un club alemán numeroso y entusiasta que sostenía la *Freiheit*, introducida en Alemania y en Austria de contrabando en grandes cantidades entonces y con riesgo de largos años de prisión para los distribuidores. Entre Dave y Most y el camarada Neve, carpintero, que hacía la expedición del periódico, hubo una amistad y una cooperación estrecha, y Dave hizo lo que pudo para iniciar a Most en las ideas y en la historia de la anarquía. Porque, a decir verdad, Most, a excepción de algún tiempo de su juventud pasado en Suiza, había estado siempre en Austria y en Alemania y, además, tres o cuatro años en prisión y la pobreza de la literatura anarquista, de que exceptuada una hoja que apareció en Berna (1876-77) no existía entonces nada en lengua alemana, le habían hecho inaccesibles, al menos le habían mantenido en el desconocimiento. Al mismo tiempo, Augusto Reinsdoff, decapitado en enero de 1885, hacía aparecer los primeros artículos anarquistas en *Freiheit*, pero fué detenido hacia esa época. Por lo demás, se tenía entonces muy poco tiempo para el estudio; *Freiheit* fué sólo un órgano de combate que trataba de impedir el adormecimiento completo del socialismo alemán bajo la influencia de la "fáctica" de moderación *outrance* preconizada por los jefes social-demócratas y si el socialismo alemán no desaparecía, y casi desapareció entonces, se hizo frente a la tempestad, es debido al clarín indomable de Most que expulsaba las adormideras.

Pero había que reunir, animar a los revolucionarios diseminados y aislados y era preciso también tratar de arregiarse con algunos discontentos en el propio campo. Entre estos últimos estaba ya Joseph Peukert, socialista austriaco, entonces en París, que no fué nunca amigo de la *Freiheit* ni de Most, y Dave, a invitación de Most, hizo, en el verano de 1880 un viaje secreto a París para disipar no sé qué recriminaciones de Peukert contra la *Freiheit*; ese fué su primer encuentro. Hacia fines de 1880 viajó por Alemania, y a lo largo del Rin y de allí a Baviera para visitar a muchos camaradas y explicarles los detalles íntimos de la propaganda y de la organización secreta tales como Most y sus camaradas la creían útil, y en general para ampliar el círculo de las relaciones secretas. Pasó des-

apercibido hasta Ausburg en Baviera, la ciudad natal de Most, donde visitó al padre y a la hermana de éste, de quienes tuvo una buena impresión. Pero en tanto, hubo una conferencia revolucionaria en los alrededores de Darmstadt, convocada por un socialista que vivía en París y organizada quizás de una manera imprudente. En una palabra, hubo numerosos arrestos, y la policía averiguó también una pequeña parte del itinerario de Dave y fué detenido en Ausburg el 8 de diciembre de 1880. Fué llevado a Berlín, porque se mezclaba su asunto y el de los socialistas detenidos en Berlín, en Frankfurt, en Darmstadt, en la Alemania del sur, para hacer con todo eso un proceso monstruoso de alta traición que, en fin, tuvo lugar en el otoño de 1881 en la corte criminal del imperio con sede en Leipzig. Las inculpaciones de los numerosos acusados eran bastante nulas, pero se condimentó todo eso con artículos de la *Freiheit*, publicados en Londres y que naturalmente se habían burlado del código criminal alemán, y se hizo aparecer un agente provocador de un cuñismo particular como testigo, y tras él un consejero de policía de Frankfurt, llamado Rumpf, que persiguió a los acusados con el encarnizamiento de una hiena. Retengamos este nombre, aun lo volveremos a citar.

En estas circunstancias hubo condenas muy graves, entre ellas la de Dave a dos años y medio de *Zuchthaus*, por consiguiente de presidio, no de prisión política o de prisión ordinaria, sino de verdadero presidio donde fué tuteado y estaba expuesto a ser azotado si ofrecía la menor resistencia y se le obligó por medio de castigos, privaciones de alimentos, a dedicarse a un trabajo duro, embrutecedor y desmesurado. Estos años, hasta el 21 de abril de 1884, pasados en el presidio de Halle, la ciudad universitaria, fueron un infierno, y la maldad infame del sucesor del primer director empeoró aun su situación. Una de sus raras distracciones fueron las disputas entre libre pensamiento y religión, que tenía a menudo con el capellán católico del presidio, que era torpe pero no malo. Otro episodio fué este: Neve, el hombre más comprometido al lado de Most, había sido arrestado en Viena y entregado a Alemania; negaba a todo precio su identidad, y Dave, preso, como Peukert, testigo libre, fueron invitados a decir, ante la corte de Hanau si el preso que se encontraba allí era Neve o no. Se amenazó a Dave con los castigos de los perjuros y se le prepararon trampas que tuvo la suerte de evitar. Naturalmente, Neve no fué reconocido por Dave ni por Peukert, pero el tribunal le infligió seis meses, sin embargo, lo que, con una pena de varios meses sufrida poco después en Zurich, retardó la llegada de Neve a Londres, donde Dave, después de algún tiempo que pasó en Bélgica para restablecer su salud, vivía de nuevo a partir del verano de 1884.

Entre tanto Most, después de diez y ocho meses de prisión inglesa (hard labour, prisión ordinaria, no política, por el artículo sobre la muerte del zar) había ido a América donde la *Freiheit*, perseguida de nuevo en Londres por el artículo sobre la muerte de Cavendish y Burke en Dublin, 1884, y desde entonces prohibida su publicación en Inglaterra, apareció en New York a partir del 9 de diciembre de 1882. Most y Dave, pues, no se volvieron a ver, pero entraron pronto en la correspondencia y en la cooperación más íntimas. De 1882 a 1884 el anarquismo colectivista había sido adoptado por el periódico. En Alemania, este paso adelante en cuanto a la teoría, que no había sido explicado a los lectores, todos antiguos social-demócratas, por folletos, libros o una tranquila propaganda razonada, no fué seguido por los lectores y la ausencia de Most, primero en la cárcel, después en América, y las dificultades crecientes de la expedición (al fin fué preciso imprimir el periódico secretamente en Suiza, por intermedio de H. Stellmacher, ahorcado en Viena en 1884 a consecuencia de actos terroristas) todo

esto hacía muy difícil la distribución de *Freiheit*, aunque el periódico mismo, escrito en New York por Most con su antiguo verbo, y mantenido ampliamente por los camaradas alemanes de América, entonces muy entusiastas, estaba mejor que nunca y fué puesto a disposición de la propaganda europea, en grandes cantidades.

En Austria poco a poco, y sobre todo desde 1882, el movimiento entero se había hecho revolucionario, antisocial-demócrata, anarquista de instinto y de intención, aunque no de una manera reflexiva, puesto que toda discusión pública teórica de la anarquía era imposible. Era preciso leer entre líneas *Zukunft*, redactado por Peukert, y el periódico checo que aparecía en la misma oficina. Hubo entonces algunos actos en parte terroristas o bien de propaganda y el gobierno respondió por una represión total, por expulsiones en masa de Viena, lo que llevó a los más comprometidos a refugiarse o a emigrar, a Hungría o a Suiza, donde hubo pronto las mismas persecuciones, y a Londres y a Estados Unidos. La llegada de Peukert y de sus amigos íntimos a Londres, cambió radicalmente la composición de los anarquistas de lengua alemana en esa ciudad; cedió el primer puesto a Peukert y a sus camaradas austriacos, con los que por razones particulares, uno de los alemanes más descolantes, Otto Rinke, hizo causa común.

Rinke era uno de los obreros alemanes que como Augusto Reinsdoff y Emilio Werner había pasado varios años en Suiza y se había convertido al anarquismo colectivista, más tarde comunista, como los jurassinos, miembros de sus secciones o de secciones de lengua alemana que una propaganda dirigida sobre todo en Berna por el estudiante suizo Kachelhofer y sostenida por Paul Brousse y Kropotkin en 1876 y 1877 había creado. Rinke especialmente era camarada de Kropotkin y siguió la elaboración de las ideas comunistas anarquistas en el *Revolte*. He dicho ya que Most no tuvo esas mismas posibilidades de informarse sobre la anarquía y se sabe que pasó aun una gran parte de 1881 y de 1882 en la cárcel. Por tanto, cuando en América publicó un resumen de sus ideas (*La sociedad libre*), su anarquismo era bastante defectuoso al lado del anarquismo cuidadosamente elaborado por Kropotkin y otros en el *Revolte*. Rinke, que desde la altura de su anarquismo conocido en Suiza tenía un desprecio soberano por el anarquismo, en efecto, entonces bastante primitivo de Most y, sin cuidarse de instruir a Most como camarada, produjo una fulminante vivisección teórica de Most que hizo insertar en el *Revolte* (Kropotkin no supo nada; claro está, estaba entonces en la cárcel). Naturalmente, Most se enfureció.

En pocas palabras, ni Peukert ni Rinke querían la *Freiheit* y se crearon un órgano propio, *Der Rebell*, cuyos diez y seis números fueron impresos clandestinamente entre octubre de 1883 y octubre de 1886. Hay que añadir que ni uno ni otro sabían dar a un artículo o a un período hecho por ellos la centésima parte del vigor, del talento, de la verba, del buen sentido popular, del ímpetu revolucionario que Most daba a todo lo que tocaba su pluma. Los camaradas, pues, que estaban fuera del círculo de Peukert y Rinke, lamentaban en el más alto grado esa pérdida de esfuerzos en beneficio de camaradas de un estilo tan enojoso como el del *Rebell*. Añadamos que el expendedor de la *Freiheit* de entonces en Londres, Knauerhase, que murió pronto, cayó bajo la influencia de Peukert y de Rinke y — al menos Most tuvo grandes razones para creerlo, — descurrió mucho la distribución de los periódicos y folletos que recibía de Nueva York, sometiéndole la *Freiheit* a una especie de censura según Peukert y Rinke y no distribuyendo propiamente más que los números que tenían el don de agradarle.

Tal fué la situación cuando Dave llegó a Londres en 1884. Trunk fué para él un camarada bondadoso, pero casi todos los demás estaban desorientados o se habían hecho tan sectarios fanáticos de Peukert y de Rinke que se creían infinitamente superiores a Most. Además, Neve, que hubiera podido salvar la situación, estaba ausente y cuando por fin llegó, después de un cierto tiempo, abando-

nó a Londres con disgusto, jurando no poner más el pie en esa ciudad (lo que desgraciadamente fué verdad) y se marchó al puesto más peligroso, a Bélgica, en la proximidad de la frontera alemana, para introducir el mismo por expediciones secretas de casi todos los domingos la *Freiheit* y otra literatura que los enemigos de Most en Londres no se tomaban la molestia de hacer circular.

Dave tuvo, pues, ante sí una tarea muy difícil, la de reorganizar la circulación europea de la *Freiheit* y de poner un fin a las intrigas continuas urdidas en Londres contra Most. Digamos inmediatamente que no triunfó en esa tarea. Pero él y las otras víctimas del proceso de Leipzig tuvieron al menos una satisfacción, un éxito: alguien supo, de un modo que permaneció desconocido, vengarlos, apañando en Frankfurt en enero de 1885 al consejero de policía Rumpf, que los había conducido al presidio. No fué Dave quien dió el golpe, pero existía para algo. Ha llevado la mayor parte de estos secretos a la tumba. El hecho tuvo lugar unos días antes de la decapitación de Reinsdoff y tuvo mucha repercusión.

Es absolutamente inútil hablar de las luchas entre el partido de Peukert y Rinke y el partido de Most y Dave en Londres, puesto que ya expuse las causas con alguna extensión. Hubo enseguida una separación completa, la constitución del Club *Autonomía* por el grupo de Peukert más tarde también la creación del periódico de este nombre que apareció en noviembre de 1886 hasta 1893. Pronto la *Freiheit* perdió su encanto sobre los lectores europeos, pero la *Autonomía* no supo de ningún modo llenar el vacío; esto no se hizo sino cuando se creó en Alemania un verdadero movimiento; cuando hombres de verdadero talento como Gustavo Landauer y algunos otros hicieron del *Socialist* de Berlín (primer socialista independiente) un órgano anarquista, no fué sino entonces que las ideas fueron verdaderamente expuestas, discutidas y comprendidas en Alemania.

Estas desgraciadas, absurdas y malevolentes disensiones de Londres estarían olvidadas si todo eso no hubiese estado ligado a los contemporáneos de aquella época a una tragedia lúgubre, el arresto del mejor camarada alemán, Neve, en Lieja, en 1877, entregado por la policía belga inmediatamente a Alemania, donde fué enviado por quince años al mismo presidio en que estuvo Dave, en Halle; murió algunos años después mentalmente enajenado. Su presencia en Lieja era un gran secreto, pero varias semanas antes de la catástrofe, Peukert le había visitado acompañado por un individuo declarado ya espía el año precedente. Ese hecho tuvo por consecuencia la autoeliminación de Peukert del movimiento de Europa, pero antes de hacer esto habíase comportado incalificablemente, y repitió esto en las memorias publicadas en 1913. Es un triste capítulo que no he profundizado aquí.

\*\*\*

Dave hallaba una satisfacción muy distinta que la de esa vida de querellas en que el movimiento glorioso de los tiempos de Most había degenerado en la época de Peukert y de Rinke, participando en la *Socialist League* de que habló ya en la noticia sobre Frank Kitz. Fué allí amigo de William Morris, lo mismo que de Joseph Lane, F. C. Slaughter y otros. Fué entonces cuando yo lo conocí un día en el British Museum, en noviembre de 1887 y heros seguido siendo amigos hasta el fin. ?e explicó estos asuntos alemanes en detalle, pero sobre todo me ha descrito en conversaciones innumerables la vida de la vieja Internacional, tal como la conocía en Bélgica.

Se había casado, al salir de la prisión, con su novia, una maestra francesa, mujer que le fué siempre abnegada y que perdió en 1909 después de una larga enfermedad y de la más cruel agonía. Trabajaba en Londres en traducciones y sus recursos fueron siempre precarios. No pudo mantenerse más, y pasó algunos años, de 1892 a 1895, en El-Have como responsable de una casa de comercio. Trató de mantenerse de nuevo en Londres; luego en París donde, por fin, creía haberse creado una situación que le ofrecía alguna seguridad y permanencia.

Estuvo en casa del gran editor de entonces, Schleicher Freres, una casa que

tenía la especialidad de la literatura del darwinismo y de toda esfera de ciencia progresiva y moderna. Se quiso añadir aun la sociología y aceptó la publicación de *L'Humanité Nouvelle*, gran revista libertaria, fundada por A. Hamon (54 números, desde julio de 1897 a diciembre de 1903). Hamon dirigió la revista, en tanto que Dave estaba sobre todo agregado a la editorial. Ayudó a la publicación de libros muy útiles, tales como *Campuis*, de Gabriel Giroud (1900), la historia de la obra de enseñanza integral de que el amigo Paul Robin, que había conocido en Bélgica en otro tiempo y que creó entonces el neo-malthusianismo en Francia. Igualmente *L'Histoire des Bourgeois du Travail*, la obra póstuma de Fernando Pelloutier, el primer organizador del socialismo revolucionario en Francia; Dave escribió su biografía (1902). Resumió algunas partes de mi biografía de Bakunin en el artículo, reproducido en folleto, *Miguel Bakunin y Carlos Marx* (1900) que ha sido traducido muy a menudo desde entonces. Su gabinete de trabajo en la librería fué un punto de cita de camaradas, sindicalistas, librepensadores y otros donde se discutía mucho y aprendía siempre algo de nuevo. Se vió a menudo allí a Jorge Sorel, el famoso teórico del socialismo y del sindicalismo, hombre muy curioso que, según mi inteligencia limitada, era en el fondo un reaccionario, pero que fué ciertamente el pensador socialista más original de Francia después de Proudhon. Dave conoció también entonces a Emma Goldman que, en América, había conocido a fondo tanto a Most como a Peukert y sus partidarios y que fué la primera que, con conocimiento de causa, se levantó por sobre los increíbles odios y prejuicios estrechos que habían envenenado esas cuestiones alemanas.

Pero estos años de una comodidad relativa tuvieron repentinamente un término, cuando los negocios de los editores declinaron y todos sus grandes proyectos de bellas ediciones avanzadas fueron anulados, su establecimiento reducido a un mínimo, y Dave se encontró en la calle, frente a la nada. Luchó para crearse una nueva existencia; fundó entonces una *Revue générale de Bibliographie française* (46 números, de 1903 a 1907), donde escribían los buenos críticos, pero el resultado material era desastroso. Estuvo obligado a buscar traducciones o trabajos de corrección de pruebas, y como limitó siempre sus búsquedas de trabajo a los editores de cosas avanzadas o relativamente neutras y no se expuso en el mercado como hombre que se vende para todo, sus recursos fueron más que precarios y mínimos, y en esos años su mujer agonizaba y murió. El mismo estuvo siempre sostenido por el más vivo interés por lo más nuevo en socialismo y en libre pensamiento, como por todo lo que pertenecía al pasado, que no dejó nunca de estudiar. Conoció bien a Jean Grave y escribió mucho en los *Temps Nouveaux* sobre el movimiento internacional. Estaba en grandes relaciones con F. Domela Nieuwenhuis, pero sus proyectos comunes de ediciones francesas de los libros del anarquista holandés fracasaron. La propaganda del libre pensamiento, el movimiento alrededor del periódico *Le Raisin*, le interesó mucho e hizo alguna traducción de Haeckel y de Buchner, etc. Vivió así o vegetó más bien en una vida más que frugal, pero que fué cada vez más interrumpida por las épocas de verdadera crisis, en que se encontraba literalmente frente a la nada.

En esa situación sin salida fué salvado, puede decirse, por la feliz idea de un camarada de *Temps Nouveaux*, que le preguntó si estaba organizado. El pobre Dave había predicado la organización sindical a los obreros desde hacía más de cuarenta años, pero no se le había ocurrido nunca que podía organizarse una miseria como la suya, la del proletario literario. Pejo el camarada le dijo que existía el sindicato de correctores. Entró en él y fué propuesto por sus nuevos camaradas al equipo que leía las pruebas del resumen de los debates de la Cámara, trabajo muy rápido que se hacía durante la sesión misma. Por ese azar, el "viejo antiparlamentario" se convirtió por oficio en uno de los primeros lectores de los debates del parlamento. Se sometió de buena gana como un naturalista que estudia de cerca una fauna parasitaria cualquiera;

## Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erfurt

Pero si es así, debemos comprender también que toda opinión especial sólo tiene un circunstancial, o mejor dicho, un relativo valor y este reconocimiento debe llevarnos al ejercicio de la tolerancia frente a los otros y a no reducir todas las oposiciones de ideas y divergencias de opinión a malevolencia o a prevencciones personales. La tolerancia debe ser el fundamento de todo gran movimiento social inspirado por el principio de la libertad, pues solo en tanto que revelamos el necesario respeto frente a las opiniones de otro, prestamos verdadera fuerza y valor a nuestra concepción.

Soy del parecer que el noventa y nueve por ciento de todas las disidencias que preocupan nuestro movimiento desde los últimos dos años, se reducen a ciertas diversidades de opinión más alentadas por la forma que por la mala voluntad. Las diversidades de opinión debían solucionarse siempre del modo más objetivo imaginable y sin ataques personales ni difamaciones, sobre todo entre camaradas del mismo movimiento, que están juntos siempre en sus luchas y aspiraciones. Apenas se introducen disputas personales y pequeños embrollos en los recíprocas discusiones, se empañado todo honesto reconocimiento y roto el puente de la reconciliación. Allí donde podía tener lugar un fructífero cambio de ideas, se instaura la negra desconfianza, y si los hombres son desconfiados entre sí, desconocen los mejores y más nobles motivos del supuesto adversario y se hacen injustos en su juicio.

Comprendamos finalmente que no hay entre los hombres ningún diablo ni ningún ángel absolutos, y que es absurdo querer disponer a un hombre con el que se ha malquistado uno por un motivo personal cualquiera, de todas las buenas propiedades y capacidades. Un poco más de sentido táctico y de recíproca tolerancia hubieran podido ahorrarnos fácilmente al-

antes había debido leer las pruebas de una edición latina de los Padres de la Iglesia, lo que no era mucho más divertido. Pero la Cámara trabaja poco, las vacaciones son muy largas, y así debió hacer otros trabajos de traducción, difíciles de encontrar, hasta su último día, a la edad de setenta y cinco años en que la muerte lo sorprendió después de una serie de enfermedades y de los accidentes debidos a su extrema miopía.

Es lástima que no haya redactado por escrito los recuerdos que sabía contar tan bien, sobre todo su juventud en la Internacional belga. Si la guerra no me hubiese impedido verlo después de 1914, me habría dictado esos recuerdos. Ese hubiese sido el único medio, porque sobre el sólo las preocupaciones cotidianas, la incertidumbre del mañana pesaban tan rudamente que hizo pocos trabajos por su iniciativa propia. Pasaba su tiempo sin ocupación en la lectura de libros recientes y antiguos, manteniéndose no sólo al corriente de todo lo que pasaba, sino devorado por una curiosidad por la historia de las antigüedades de Bélgica. Conocedores al detalle de ciertos partidos de la historia política y revolucionaria del siglo XIX había pocos como él, pero el interés del público por los trabajos verdaderamente profundos es siempre pequeño y sus conocimientos no tenían ningún valor comercial, y nadie se cuidaba de ellos. Felizmente quedó en pie hasta el momento de su muerte y estuvo siempre en contacto con los buenos camaradas. Murió en el hospital Broussais en París el 9 de noviembre de 1922.

Así se van los viejos de la anarquía, todos!

*Rudolf Rocker*  
Viena, mayo de 1923.

unas horas desagradables en gran provecho del desagrado. Nos combatimos por mil pequeñeces y amontonamos las repeticiones a las repeticiones. Expresamos nuestra cólera y llamamos a eso principios y nos admiramos además si tales comportamientos quitan a los mejores entre nosotros la alegría del trabajo. Esto lo hemos experimentado en Dusseldorf, lo experimentamos aquí hasta un cierto grado. Ahora bien, he escuchado durante dos largos días todos los pormenores de los chismes y me he planteado esta pregunta en silencio: ¿Qué acontecería si la fuerza de las cosas nos hubiese reunido para llegar a la reconstrucción de la sociedad sobre bases nuevas y procurar que no faltase el pan a la comunidad? Compañeros, no toméis esto a mal, pero yo tengo el convencimiento que si desperdiciamos el tiempo de esta manera, la comunidad en el intervalo de pocas semanas debería morir de hambre.

No debemos poner cada palabra en la balanza de precisión y hay que juzgar a los hombres más según sus motivos que según sus palabras superfluas; pero debemos cuidarnos de llenar a nuestros semejantes con reproches insignificantes y con inútiles ofensas que se clavan como un aguljón venenoso en el alma y matan toda posibilidad de entendimiento amistoso. Busquemos siempre los defectos ante nuestra propia puerta y guardémosnos de acecharlos únicamente ante las de los demás. Nada es en un movimiento revolucionario tan insoportable como aquella hipócrita virtud de los filisteos que se cambia con la apariencia de gloria de la impecabilidad y trata siempre de descubrir la viga en los ojos del vecino. Representamos una gran idea que debe ofrecer a los hombres una nueva cultura social. Vemos el panorama de un nuevo futuro ante nosotros, y éste debía dar alas a nuestra voluntad y aumentar nuestras fuerzas. Si es así, entonces deben socialismo y anarquismo, entonces debe el ideal que tenemos ante nuestros ojos, ser, no sólo un hermoso sueño de futuro, una especie de custodia que el sacerdote muestra a los feligreses sólo unos segundos en las fiestas señaladas, para encerrarla bajo llave inmediatamente en el sagrado cofrecillo. No, debe servirnos ya ahora como guía ética de nuestra vida diaria y dar una nueva impresión a las relaciones entre nosotros y nuestros semejantes.

Ahora bien, estas son cosas que consideradas de un modo puramente exterior tienen poco que hacer con el problema del federalismo y del centralismo. Si los debates acostumbrados hasta aquí no hubieran caído en tan desesperada desviación, apenas habría mencionado todo esto. Esperamos que esto contribuirá a dar a las siguientes discusiones sobre el asunto un fundamento objetivo y a escavar más hondo en lugar de quedar pegados eternamente a las superficies de los fenómenos.

Vivimos actualmente en una época extrema. No solamente se presentan en el dominio económico las más rudas oposiciones de la moderna vida social cada vez más claramente, en forma de siempre más aguda separación de clases y más amargas luchas de clases; también en otros dominios se señalan los mismos fenómenos y llevan a los mismos resultados. Por una parte el monopolismo y todas las consecuencias que de él se desprenden, sofoca más y más todos los instintos sociales en los hombres y hace plaza a un vacío individualismo que coloca al más pequeño interés personal en el centro de la vida. Por otra parte, la sedicente civilización capitalista, mata en forma del Estado moderno todo sentimiento de la personalidad en el hombre y sume cada vez más todo movimiento independiente en la niebla gris de una uniformidad mecánica y en la nivelación sin esperanza. Es claro que esta circunstancia anormal de nuestras condiciones sociales debe llevar

a las más distintas corrientes en el reino de las ideas corrientes, que generalmente se señalan como degeneraciones. Así, pues, no es ningún accidente que artistas y filósofos de nuestra época se sientan impulsados impetuosamente a declarar los lazos sociales de la guerra y a rechazar por principio toda forma de moralidad. Durante un cierto tiempo la "rebelión del individuo contra la sociedad" se había convertido en una palabra filosófica de orden, que hundió sus raíces profundamente en las filas del movimiento obrero. Se sentía la monstruosa presión del actual sistema de la sociedad en que el individuo sólo aparece como una ruedita sin importancia en un enorme mecanismo y se rebelaba contra ese estado de cosas, olvidando muy a menudo que la causa del mal está únicamente en los fundamentos y formas de la actual sociedad, pero no en la sociedad como tal. Estas ideas individualistas extremas no eran nada más que una reacción natural contra la tiranía de la sociedad capitalista que pretendía nivelarlo todo. Pero en sus conclusiones finales eran tan unilaterales como ésta y no tocaban en absoluto el núcleo propio del problema.

No es éste el lugar para recorrer todas esas series de ideas en sus múltiples enlaces, sería necesario para ello un trabajo especial.

Pero sentimos sus efectos en todas partes, hasta en nuestro propio movimiento, y no en beneficio del mismo. Hay en nuestras filas algunos que tienen la cabeza trastornada por estas ideas y que tras cada organización olfatean inmundicias y ven en la misma, en el mejor de los casos, un mal necesario. Y hemos oído a algunos que se burlan de toda forma moral y defienden el principio de que toda lucha de clases y la ética son cosas que nada tendrían de común; sí, hasta la moral, como tal, sólo es un hábil descubrimiento de las clases dominadoras para tapar los ojos a las grandes masas de explotados y de desheredados. Tampoco dudamos aquí de la buena intención de los compañeros que quieren introducir tales principios en el movimiento, pero somos de opinión que estas concepciones sólo no pueden sostenerse ante una crítica seria, sino que perjudican directamente el movimiento y lo detienen en su evolución natural.

Si queremos hablar de la esencia del federalismo y del centralismo debemos primeramente ocuparnos algo detalladamente de la esencia de la organización en general. La organización tiene su origen en la convivencia social, la sociedad es el retrato primitivo de toda organización y se nos presenta sólo en forma de tal. Sobre el origen de la vida social se han formado las más diversas teorías y no hace mucho tiempo aún que este problema ha encontrado su solución científica definitiva. Así, declaraba el conocido filósofo inglés Tomás Hobbes que los hombres al comienzo vivían como individuos aislados o en familias y estaban complicados constantemente en luchas recíprocas. Al principio dominaba la guerra de "todos contra todos", dirigida con las armas de la brutalidad y de la crueldad más bestial. Tan sólo las terribles consecuencias de un estado semejante inclinaron a los hombres a erigir una autoridad estatal para reprimir esta bestialidad originaria. De este modo comenzó el período de la civilización propiamente humana. Para Hobbes el Estado y la sociedad eran conceptos equivalentes y el ser humano era el creador de la sociedad.

El pensador francés Jean Jacques Rousseau pintó con amables colores el origen de la sociedad humana. También originó el principio de que el hombre gana originariamente su vida aislado o asociado en parejas; pero contra la opinión de Hobbes, sostuvo que ese origen era paradisíaco y los seres humanos eran criaturas buenas y benignas mientras estuvieron asociadas a la naturaleza y no fueron roídas por los defectos de la civilización moderna. Más tarde se decidieron los individuos aislados y las parejas a la creación de agrupaciones sociales y fué sobre la base de un llamado pacto social que se formó la base de la comunidad humana.

(Continuará)